

## Al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz.

(Leida en el gran teatro Nacional de México)

¡Salud, hijo feliz de la Victoria!  
 Pocas veces me véis á vuestro lado;  
 Podéis sin gran esfuerzo hacer memoria  
 Y darme aquí un mentís si os he adulado.  
 Y hoy quiero alzar un canto á vuestra gloria:  
 Sois grande en el presente, en el pasado,  
 Y en el tiempo sin fin, en lo futuro,  
 Tendréis un pedestal firme y seguro.

Nacisteis en la hermosa y rica tierra  
 Que tiene de oro y mármol los cimientos;  
 Que de una raza la Epopeya encierra  
 De Mitla en los soberbios monumentos;  
 Qué esconde entre los riscos de la Sierra  
 Do las águilas reinan y los vientos,  
 La cabaña envidiable y bendecida  
 Donde un indio inmortal surgió á la vida!

En tal región crecisteis al amparo  
 De un apacible hogar dulce y tranquilo;  
 El mar del porvenir os mostró un faro  
 Y dejásteis por él tan grato asilo.  
 Todo era estrecho á vuestro afán preclaro:  
 ¿Quién encadena el mar? ¿Quién ata el Nilo?  
 Ibais en pos del minervino escudo  
 Y alzásteis el de Marte, fiero y rudo.

Yo me imagino el impetu, el arrojito  
 Que os convirtió en un héroe, al ver hollada  
 Como ruín y misero despojo  
 Por extraño invasor la patria amada;  
 Relámpago de Olimpo vuestro enojo  
 Irradió como un sol en vuestra espada,  
 Y la turba invasora y extranjera  
 Sucumbió en Miahuatlán y en Carbonera.

Desde temprana edad fuisteis guerrero;  
 Fuisteis patriota desde edad temprana,  
 Que el amor á esta tierra fué el lucero  
 Que engalanó vuestra primer mañana.  
 Vuestro más tierno amor ¡Amor primero!  
 La tricolor bandera mexicana,  
 Y mirar respetada esa bandera  
 ¡Ah! ¡También fué vuestra ambición primera!

Siendo un Bayardo en la tenaz contienda  
 Y siempre un Cid en la campal batalla;  
 Teniendo por hogar la épica tienda,  
 Por himno el retronar de la metralla,  
 Hallando la victoria en vuestra senda  
 Y abatiendo al marchar toda muralla  
 En Puebla, el 2 de Abril, invicto y fuerte  
 Al Imperio, señor, dísteis la muerte.

Era yo un estudiante y os vi un día  
 Entre sables, cañones y corceles,  
 Por estas calles de la tierra mía  
 Entrar, señor, ceñido de laureles;  
 Vi al jubiloso pueblo que aplaudía  
 A los soldados pobres y fieles  
 Que en realidad, trocaron vuestros sueños:  
 ¡A vuestros bravos indios oaxaqueños!

Y yo, pobre y obscuro y olvidado,  
 Humilde sér que vegetaba en calma,  
 No teniendo un laurel para el soldado,  
 Ni una rama de encina ni una palma,  
 Me acerqué á contemplarle entusiasmado  
 Y con un grito que brotó del alma  
 Le lancé un ¡viva! que ofuscó á los bronce  
 ¡Y fui vuestro devoto desde entonces!

Vos, vencedor de la ciudad sitiada;  
 Vos, adalid de la victoria inmensa;  
 Ni reclamásteis ni exijísteis nada  
 De tanto sacrificio en recompensa;  
 « Es de Juárez la gloria conquistada;  
 Quien lo osare negar me hace una ofensa »  
 Clamásteis y cedisteis al momento  
 A Juárez el poder y el alto asiento.

Del Papaloápam en la perla hermosa,  
Lejos de toda pompa y del boato,  
La vida no envidiada ni euvidiosa  
Llevásteis cual moderno Cincinato,  
Y cuando ya la lucha os fué forzosa  
Dejásteis el retiro amable y grato  
Y surgisteis de nuevo ante la historia  
Luchando audaz hasta alcanzar victoria.

Y hoy realizáis los grandes ideales,  
Y el patrio amor lo mantenéis ileso,  
Y levantáis las artes nacionales  
Y abris prácticas sendas al progreso;  
Crece la fe, prosperan los caudales,  
El Erario, ayer Job, se tornó Creso,  
Y afirmando la paz con sabia mano  
Hacéis feliz al pueblo mexicano!

Por eso el pueblo agradecido os ama;  
Le habéis dado, señor, cuanto él quería;  
Del uno al otro polo, vuestra fama  
El más dichoso rey la envidiaría;  
Vivid mucho en la tierra en que derrama  
Vuestra mano mil bienes cada día:  
Habéis logrado la mayor victoria:  
¡La bendición del pueblo y de la historia!

## LA VICTORIA DE TAMPICO.

(Escena del segundo acto de "El capitán Miguel")

*Sargento.*— Cuando fué el bravo Guerrero  
Presidente, yo era un chico  
y en aquel tiempo á Tampico  
llegó un general ibero

*Miguel.* — ¡Barradas?

*Sargento.*— ..... Justo; eso es;  
Barradas precisamente  
queriendo, audaz y valiente,  
ser un nuevo Hernán Cortés.  
Entonces, sólo al decir  
que extraña tropa llegaba  
el Gobierno ya miraba  
enlutado el porvenir.  
Y por prudencia ó temor  
cesaban goces y fiestas,  
haciéndole mil protestas  
á cualquier Embajador.  
Barradas, bravo y experto,  
vencer á México anhela  
y entra altivo á toda vela,  
como Virrey frente al puerto.  
Santa-Ana, á la patria fiel,  
tan audaz como animoso  
derrotó al jefe ambicioso  
ganando eterno laurel.  
Fué una derrota ejemplar  
que no olvidará la Historia  
pues allí alcanzó la gloria  
de hacerlo capitular.  
En México ¡Qué ansiedad  
por saber el resultado!  
Estaba en completo estado  
de agitación la ciudad.  
Una noche, á ver un drama  
Guerrero fué al coliseo,  
un teatro tosco y feo  
que « Principal » se le llama.

Llegado el acto tercero,  
 ve con asombro la gente  
 que al palco del presidente,  
 entra, con traje de cuero,  
 un hombre y le da un papel;  
 Guerrero al leerlo llora,  
 y el público en esa hora,  
 enternecido con él,  
 supone lo que le avisa  
 al Presidente el pliego  
 y queda mudo, en sosiego,  
 entre lágrimas y risa.  
 Cuando acabó de leer  
 Guerrero, se levantó  
 de su asiento y así habló  
 sin poderse contener:  
 « Si con frases no me explico,  
 « el llanto lo hará por mí...  
 « me comunican aquí  
 « la victoria de Tampico...!  
 « Vencido está el jefe ibero,  
 « Santa-Ana lo derrotó... »  
 Y un gran grito resonó:  
 « ¡Vivan Santa-Ana y Guerrero! »  
 Guerrero con alegría,  
 dijo enseñando leal  
 la faja de general  
 que en la cintura tenía:  
 « Mando al brigadier Santa-Ana,  
 « esta faja, no os asombre,  
 « para que la porte en nombre  
 « de la Nación Mexicana ». »  
 Volvió el público á gritar  
 nuevos vivas y á aplaudir,  
 en unos era el reír,  
 en otros era el llorar  
 y no hay mármoles ni bronces,  
 ni existen tinta y color,  
 que puedan pintar, señor,  
 el patriotismo de entonces.

*Miguel.* — Tu buena memoria pasma  
 á cualquiera, mi sargento,  
 tu relato da contento,  
 enardece y entusiasma.

*Sargento.*— Cuando el teatro dejaron  
 todos con gran ansiedad,  
 ¿Sabéis lo que en la ciudad  
 con asombro contemplaron?  
 Adornadas con festones  
 todas las casas vecinas,  
 con faroles y cortinas  
 en cornisas y balcones;  
 sobre las torres bermejas  
 de los vetustos conventos,  
 gallardetes, ornamentos,  
 guirnaldas y candejeas.  
 Las calles... ¡qué animación!  
 Las gentes si se encontraban,  
 entusiastas se abrazaban  
 con lágrimas de emoción.  
 No se escuchaba un reproche,  
 todo era franco y sincero,  
 que estaba México entero  
 de triunfo en aquella noche.  
 Y todos los mexicanos  
 que un mismo placer sentían,  
 entonces si se querían  
 como si fuesen hermanos...!  
 Me enternezco cuando pienso  
 en esto, porque señor  
 no he visto un modo mejor  
 de dar á un bravo un ascenso,  
 ni un modo más natural,  
 más franco, más elocuente,  
 de expresar públicamente  
 el contento nacional.  
 Glorias del pasado son,  
 mas para un viejo soldado,  
 esas glorias del pasado  
 dan vida á su corazón...!

## DE MARINERO Á TRAPISTA.

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

DON VICENTE GUERRERO

### I.

Quando ya todos los héroes  
que con Hidalgo surgieron,  
quedaron frente al destino,  
aprisionados ó muertos;  
sólo un tenaz insurgente,  
el indomable Guerrero,  
sostuvo entre las montañas  
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once  
que entró á servir con Morelos,  
asistió á muchos combates  
en que demostró su genio;  
y el año de diez y nueve  
fueron tantos sus esfuerzos,  
que alcanzó veinte victorias  
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide  
salió para darle encuentro,  
siendo por él derrotado  
del Sur en los campamentos;  
se le ofreció por amigo,  
se le entregó como adepto  
y al fin en una entrevista  
celebrada el diez de Enero  
de ochocientos veinte y uno,  
de Acatepam en el pueblo,  
juráronse en un abrazo  
obrar de común acuerdo  
para proclamar muy pronto  
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,  
activo, incansable, fiero,  
halló nido en la montaña,  
la caza le dió alimento,  
jamás lograron rendirlo  
y cuando en calma le vieron  
era porque ya la presa  
hubo en sus garras deshecho.

### II.

Tal era el bravo insurgente  
que, por sus brillantes méritos,  
figuró luego en la Patria  
como Jefe del Gobierno;  
dejándonos por memoria  
y por glorioso recuerdo,  
la victoria de Tampico  
conquistada en dos sangrientos  
combates, que aniquilaron  
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa-Ana  
quienes con gran ardimiento  
alcanzaron el triunfo  
contra un brigadier ibero  
que vencido y desarmado  
con su flota dejó el puerto.

### III.

Quando ya sin ingerencia  
en asuntos del Gobierno  
tranquilo en el Sur vivía  
el indomable Guerrero,  
por temor á su fiereza  
un crimen se tramó en México.

El General Bustamante  
y sus Ministros, creyeron  
oportuno darle muerte  
al soldado de Morelos;  
y hay quien diga que hubo alguno  
que así exclamó en el consejo:  
*« á ese suriano terrible  
hay que quitarle de enmedio ».*

No era fácil darle alcance  
ni era posible vencerlo,  
y á un genovés, Picaluga,  
corazón infame y negro,  
como á Judas lo compraron  
para consumir el hecho.

Picaluga tenía surto  
un bergantín en el puerto  
de Acapulco y era amigo  
del bravo adalid del pueblo;  
lo convidó una mañana,  
á principios de Febrero,  
á almorzar en el *Colombo*,  
el héroe asistió al almuerzo,  
y en cuanto le tuvo á bordo  
se dió á la vela ligero,  
y fué á entregarlo en Huatulco  
á las fuerzas del Gobierno.

Por aquella negra infamia  
cobró cincuenta mil pesos;  
y nadie supo á qué sitio  
huyó el traidor marinero.

En tanto al héroe suriano  
á Oaxaca lo trajeron,  
lo juzgaron á su antojo  
en ridiculo consejo,  
mil crímenes le imputaron,  
mil faltas le supusieron,  
y ya sentenciado á muerte  
lo fusilaron enfermo,  
en la villa de Cuilapa  
el catorce de Febrero  
del año de treinta y uno....  
¡año en nuestra historia negro!

Cuando en el Almirantazgo  
de Génova, conocieron  
la infamia de Picaluga,  
publicaron un decreto  
declarándolo ante el mundo  
traidor, villano y artero;

sentenciándolo á que muera  
por la espalda, sin derecho  
á sepultura sagrada,  
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años  
y el más profundo misterio  
veló á todos el destino  
del infame marinero.  
Contábanse mil consejas  
que amedrentaban al pueblo,  
pero la verdad, lo triste,  
lo horripilante, lo cierto,  
era que el héroe de Tixtla,  
el soldado de Morelos,  
gozaba en humilde tumba  
del último de los sueños  
causando duelo á la Patria  
y rubor á su Gobierno.

## IV.

Cuando cayó Bustamante  
y que los años corrieron,  
uno de sus más adictos  
hombre rico y de provecho,  
hizo un viaje á Tierra Santa,  
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina  
fué á visitar el convento  
en que moran los trapistas  
pensando ganar el cielo.  
Al atravesar un claustro,  
dicen que salió á su encuentro  
un fraile, cuyo semblante  
en amplia capucha envuelto  
velaba con blanca barba  
que le bajaba hasta el pecho.  
— ¿No me conocéis? — le dijo,  
— No — respondió el viajero.  
— Pues llevo aquí algunos años  
de rogar al Ser Supremo,  
que á Bustamante y sus hombres,  
y á mí, que fui su instrumento,

nos perdone compasivo  
y nos absuelva en su reino  
del crimen que cometimos  
con el general Guerrero.  
Soy Francisco Picaluga.....  
— Picaluga!!

— Humilde siervo  
de Dios, á quien lo devora  
un tenaz remordimiento.

—  
Sin decir una palabra  
y de admiración suspenso  
el viajero conmovido  
salió del triste convento  
y después de algunos años  
al referir el suceso  
temblaba cual si estuviera  
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

## NI EL NOMBRE NI EL OFICIO. <sup>(1)</sup>

- Cuentan crónicas añejas
- En nuestro tiempo olvidadas,
- Que allá en un pueblo escondido
- De la sierra queretana
- Vivió un español anciano,
- Cuyos años delataban
- En la frente las arrugas
- Y en la cabeza las canas.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad, y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía, quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J. de D. P.

Era de carnes enjuto, -  
De penetrante mirada, -  
De generosas acciones -  
Y de muy pocas palabras. -  
Incansable en el trabajo, -  
Madrugaba con el alba,  
Y era en el vestir humilde  
Y en discreción una estatua.

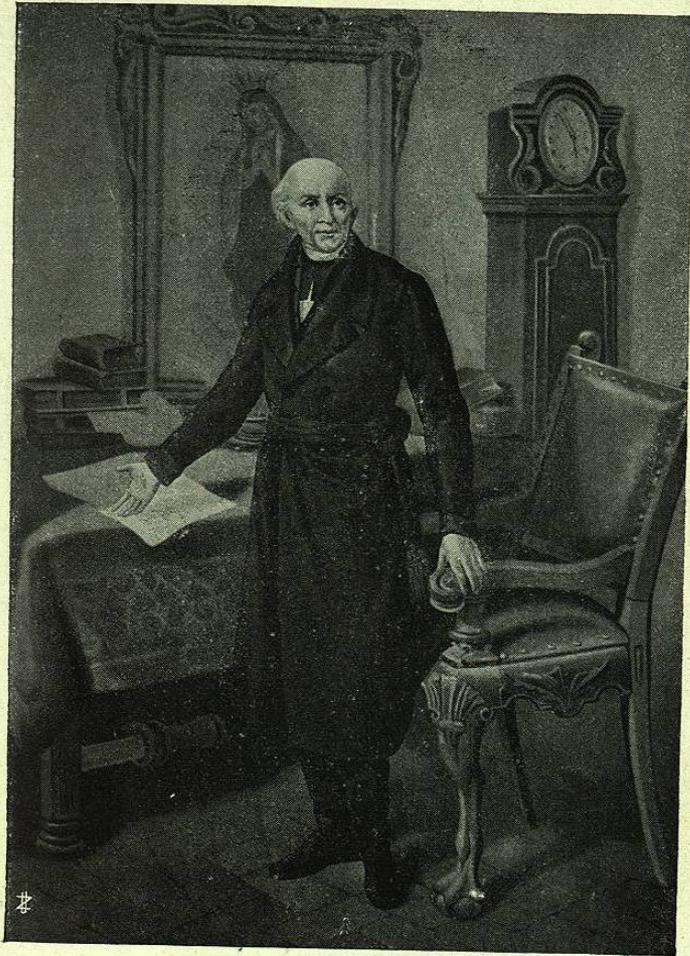
Por apodo « el ermitaño »  
En la sierra le llamaban,  
Y era su oficio el comercio  
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia -  
Los criados de su casa, -  
Y sólo por el acento -  
Revelaba ser de España,  
Que nunca dijo su origen -  
Ni á nadie habló de su patria. -  
Tuvo un amigo, uno solo, -  
A quien cual hijo trataba -  
Siendo diferente en años  
En ejercicio y en raza,  
Pues era un soldado joven -  
De tez cobriza y tostada, -  
Indígena de la sierra,  
Y tan dado á las batallas, -  
Que del año algunos meses -  
Pasaba siempre en campaña. -  
El anciano comerciante -  
Llamóse *Darío Bissarda*, -  
Y el joven *Tomás Mejía* -  
Que bien conoce la fama. -

Cuentan que al entrar la noche  
Los dos amigos hablaban  
De las cosas de la guerra,  
De la estrategia y la táctica.  
El joven indio atendía  
Del anciano las palabras,  
Y escuchándolo sumiso  
Fijaba en él sus miradas,  
Como diciendo: « este viejo

Sabe manejar las armas ».  
 En cada vez que aquel joven  
 Iba á salir á campaña,  
 Sus más recatados planes  
 Al anciano revelaba;  
 Y triunfante ó derrotado,  
 En fortuna ó en desgracia,  
 Era el primero á quien siempre  
 A su regreso buscaba.  
 Por fin enfermóse el viejo,  
 Y escribió desde su cama  
 A su cariñoso amigo  
 Para encomiendas sagradas.  
 Don Tomás estaba ausente,  
 Pero al recibir la carta  
 Buscó su mejor caballo,  
 Cruzó llanos y montañas,  
 Y pronto estuvo en el sitio  
 A do le llamó Bissarda.  
 Este con la voz muy débil  
 Le dijo en pocas palabras:  
 — Ochenta años he cumplido;  
 Es tiempo de que me vaya,  
 Y aquí sobre el lecho espero  
 El tercer toque de marcha.  
 En este pliego cerrado,  
 Que usted abrirá mañana,  
 Están mis disposiciones  
 Últimas, testamentarias;  
 Sólo á usted, joven amigo,  
 Le doy la misión sagrada  
 De cumplirlas en la tierra  
 Y pedir á Dios por mi ánima. —

Murió el anciano esa tarde  
 Y fué su muerte llorada  
 Por los humildes y rudos  
 Hijos de aquellas montañas.  
 Abrió Don Tomás Mejía  
 El pliego que le entregara,  
 Y cuentan los que lo saben  
 Que se encontró estas palabras: —



Don MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Libertador de México.

— Yo, que he tenido en la Sierra  
Por nombre *Darío Bissarda*,  
Con más de cuatro mil hombres  
Arribé á la Nueva España  
El año de veintinueve  
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico —  
Mier y Terán y Santa-Ana, —  
Les entregué mis banderas,  
Que jamás tuvieron mancha,  
Y regresé con mis tropas —  
Desarmadas á la Habana. —

*ahí* Al regresar á mi tierra, —  
Bende me formaron causa, —  
Calificaron de crimen —  
Lo que sólo fué desgracia; —  
Y ofendido de tal juicio,  
Dejé para siempre á España,  
Y á vivir vine ignorado  
Sin nombre, pompas ni galas,  
En los escondidos pueblos  
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía, —  
Mi amigo de confianza, —  
Dé cuanto tengo á los pobres —  
Y á Dios encomiende mi ánima. —  
Ni mi oficio es comerciante —  
Ni mi apellido es Bissarda; —  
Fuí brigadier, y mi nombre —  
Ha sido « *Isidro Barradas* ». —